

Las revueltas árabes: fulminante efecto dominó

< POR PABLO CARDOSO >
CORRESPONSAL EN PARÍS



Santiago Rosero.

Desde el Atlántico al golfo Pérsico se extiende el mundo árabe que, no obstante ser complejo y plural, sorprende por los profundos elementos de identidad común. Hoy a esos países no solo les une su historia, lengua, cultura y religión, sino también un pueblo dispuesto a acabar con las tiranías que lo ha sojuzgado por décadas.

Fueron muy extrañas las variaciones de postura de las potencias occidentales frente a la ebullición social árabe de este inicio de 2011. En una intervención ante la Asamblea Nacional francesa, la entonces canciller del Gobierno de **Sarkozy**, **Michelle Alliot Marie**, ofreció “la experiencia de las fuerzas del orden francés para regular las cuestiones de seguridad en Túnez”, lo cual dejaba entender un apoyo tácito desde la institucionalidad francesa al régimen tunecino, o al menos el deseo de evi-

tar la pérdida de estabilidad política en su ex colonia.¹ Sin embargo, la persistencia y magnitud de los movimientos sociales magrebíes sumados al clamor de la opinión pública internacional, invalidaron la prudencia inicial de las cancillerías occidentales. Rápidamente, giraron el timón y, ante el peso de los

¹ N. del E.: Luego se supo que la declaración de la funcionaria tenía que ver también con los intereses empresariales de ella y su familia en Túnez. Su situación se volvió insostenible, por lo que debió renunciar (no duró sino cuatro meses en el cargo) y fue reemplazada por el ministro de Defensa **Alain Juppé**.

hechos, abogaron por “el respeto de la voz del pueblo”.

En editorial para el diario español *El País*, el Premio Nobel de Literatura y político conservador peruano **Mario Vargas Llosa** señala que “la lentitud (para no decir la cobardía) con que los países occidentales —sobre todo los de Europa— han reaccionado, vacilando primero ante lo que ocurría y luego con vacuas declaraciones de buenas intenciones a favor de una solución negociada del conflicto, en vez de apoyar a los rebeldes, tiene que haber causado terrible decepción a los millones de manifestantes que se lanzaron a las calles en los países árabes pidiendo ‘libertad’ y ‘democracia’ y descubrieron que los países libres los miraban con recelo y a veces pánico”.

Primero fue Túnez, le siguió Egipto: dos longevos Gobiernos cayeron tras efervescentes, pero sostenidas, agitaciones sociales (*Recuadros 1 y 2*). Más tarde fueron Libia, Yemen, Baréin... El primer trimestre de 2011 está siendo marcado por la expansión de las revueltas y reivindicaciones en el mundo árabe (*Recuadro 3, Mapa*). Existen algunos elementos en común que se pueden resaltar como novedosos en estas movilizaciones. Quienes se han echado a la calle a manifestarse son principalmente poblaciones jóvenes y obreras, que en la mayoría de casos durante toda su vida han conocido únicamente el régimen contra el cual se están sublevando. Sus reivindicaciones son civiles —es decir, no son religiosas. Lo cual aleja los fantasmagóricos miedos del *establishment* occidental que temblaba ante la posibilidad de una rebelión de fundamentalistas islámicos, que pudiera convertirse en un llamado a la *Yihad* (guerra santa en defensa del Islam). Los valores que reclaman las protestas son la eliminación de la autocracia, la lucha contra las desigualdades y la pobreza, y una fuerte denuncia de la corrupción de Estado, pero también, y es menester mencionar, valores nacionalistas y patrióticos.

En sus formas, las manifestaciones tienen también una dinámica especial.

La mayoría de especialistas les conceden un rol preponderante a las nuevas tecnologías de comunicación. Señalan que gran parte de la rabia retenida fue desfogada luego de las revelaciones que difundiera WikiLeaks sobre las fortunas mal habidas de los dirigentes árabes y el manejo mafioso de sus Gobiernos, lo que en realidad era un viejo secreto a voces. A continuación tuvieron un rol preponderante las redes sociales (Facebook, Twitter, *blogs*) que sirvieron de herramienta de comunicación entre manifestantes, y fueron un multiplicador de la noticia a nivel internacional. Gran parte del mundo siguió a través de estos nuevos medios de comunicación los sucesos acontecidos en Túnez y Egipto, y de hecho gran parte del apoyo masivo internacional fue expresado por medio de estas vías (otros países autoritarios aprendieron la lección: China no solo bloqueó el acceso y búsquedas de palabras como *Egipto* y *Mubarak*, sino que a mediados de febrero ya estaban cortadas las redes sociales).

A pesar de estas raíces comunes, no se puede negar que las rebeliones en el mundo árabe tienen diferencias. Cada una de ellas esconde una situación particular, de intereses nacionales y extranjeros encontrados. La región árabe constituye una muestra perfecta de lo que supone la *realpolitik* internacional: regímenes de los que Occidente era aliado por conveniencia.

Las victorias del pueblo tunecino y egipcio de inicios de 2011 deben ser entendidas como triunfos de la movilización popular y de la resistencia social, pero lamentablemente no aseguran para sus pueblos un cambio de las reales estructuras del poder, ni un camino seguro hacia la consolidación de la democracia, la redistribución de la riqueza, ni el cumplimiento de los mínimos derechos humanos y sociales. Y por ende, el apelativo de *revoluciones* aún no está ganado.

La región en cuestión es, sin duda, la más conflictiva del mundo desde la segunda mitad del siglo XX. Para entender el porqué de la actual ebullición

en el mundo árabe es conveniente echar un vistazo a su historia.

Medio Oriente: breve historia geopolítica

Desde su nombre, Medio Oriente, revela la funcionalidad para Occidente, que también le llama Próximo Oriente. La zona ha sido definida en función a su posición geográfica con relación a Europa Occidental. En la región existen cuatro poblaciones dominantes: árabes, persas, turcos y kurdos. Estos pueblos en su mayor parte profesan el islam o religión musulmana, divididos en dos grandes vertientes, los chiíes y los sunitas.

Desde el siglo XVI y durante 400 años, la zona estuvo bajo tutela política y económica turca, en dominios del que fue el Imperio otomano. A finales del siglo XIX los nuevos factores geopolíticos ponen fin al dominio turco. La construcción del canal de Suez, con capitales franco-británicos, y su puesta en servicio en 1879, da un valor estratégico muy grande a Egipto y lo convierte en el centro de los intereses de Europa occidental. Esta nueva vía marítima, que obvió el viaje alrededor de África, representó inmensos ahorros de tiempo y recursos económicos, en su momento para la comunicación del Reino Unido con sus colonias en India, Australia y Nueva Zelanda, y luego entre Europa y las fuentes de petróleo en el Golfo Pérsico.

Luego de su alianza con Alemania durante la Primera Guerra Mundial, el Imperio otomano es desmantelado en 1919. Antes de que finalizara la guerra, ingleses y franceses ya se habían repartido el control en la región. A partir de los años 1920, el Oriente Medio pasa a la tutela compartida de Francia, que controla Líbano y Siria, y del Reino Unido que controla Transjordania, Palestina, Irak y Kuwait. Este control es avalado por la Sociedad de Naciones, que confía a París y a Londres los mandatos de estos territorios.

Es justamente en esta época cuando el destino de la región comenzó a

estar vinculado a la explotación de sus reservas de petróleo. La zona posee, ella sola, alrededor de 60% de las reservas mundiales de los hidrocarburos. El desarrollo de esta fuente de energía sustituyó en menos de un siglo al carbón y permitió la entrada de un nuevo jugador mayor: EEUU. Desde 1930, las compañías petroleras norteamericanas participan en las nacientes empresas de la región, principalmente en la Irak Petroleum Co., o la Standard Petroleum de California que obtiene el

RECUADRO 1

Túnez enciende la mecha

El 17 de diciembre de 2010, las fuerzas del orden tunecinas incautaron un carro de venta ambulante de verduras. Su propietario, el joven tunecino **Mohamed Bouazizi**, decidió prenderse fuego como medida desesperada de protesta. La espontánea inmolación desbordaría en protestas masivas que reivindicaban una atención urgente a los problemas de desempleo y precariedad social. Los movimientos sociales estuvieron en un inicio marcados por el reclamo de la juventud tunecina, que enfrenta una tasa de desempleo récord de 20%. La juventud, con formación universitaria o no, veía que con ese régimen no tenía futuro.

Nadie imaginó que de un incidente personal pudiera nacer una protesta que tirara abajo al régimen del longevo dictador. La llamada Revolución de los Jazmines, consiguió derrocar al presidente **Zine El Abine Ben Ali**, quien había gobernado el país por 23 años (1987-2011), siendo apoyado durante ese tiempo por las potencias occidentales, en especial, Francia.

Las protestas iniciadas en pequeñas ciudades llegaron rápidamente a la capital. Durante un mes de movilizaciones, la represión de las fuerzas de seguridad dejó decenas de muertos y centenares de presos. Pero el pueblo no cedió. Finalmente, el 14 de enero de 2011, Ben Ali presentó su dimisión y huyó a Arabia Saudita. El primer ministro, **Mohamed Ghanuchi** se proclamó presidente interino, y prometió reformar la Constitución y llamar a elecciones libres.



El mundo árabe es complejo y plural. No obstante, sorprende por configurar un universo con profundos elementos de identidad común.

50% de los derechos de explotación del petróleo en Arabia Saudita. Al emerger EEUU como la primera potencia del mundo, tras la Segunda Guerra Mundial, la influencia norteamericana aumentó mezclando intereses petroleros y estrategias políticas, apoyándose en un inicio en tres aliados: Arabia Saudita, Irán y el naciente estado de Israel.

1979 fue un año especial en lo que concierne al cambio de alianzas estratégicas: la caída del sha de Irán a manos de la revolución islámica chiita supuso un revés para EEUU, pero también para los árabes sunitas. Provocó la segunda crisis del petróleo, que tendría grandes consecuencias para las economías occidentales. Este año también marcaría la invasión a Afganistán por la Unión Soviética, que de hecho ya era para ese entonces muy influyente sobre palestinos, sirios e iraquíes.

En el contexto de la Guerra Fría, EEUU buscó reafirmarse en la región, y para hacerlo impulsó los tratados de paz entre los Estados árabes y su aliado principal en la región, Israel. El pri-

mer país en firmarlo fue justamente Egipto en el propio año de 1979.

La influencia norteamericana se evidenció también en la guerra Irak-Irán, iniciada en septiembre de 1980 por el primero. Para ese entonces, el régimen de **Saddam Hussein** era considerado una triple defensa para Occidente: ícono del arabismo moderno frente al arabismo religioso de Irán, del sunismo contra el chiismo y de los árabes contra los persas. Irak era en ese entonces sostenido por EEUU, Reino Unido, Francia y demás potencias occidentales.

Tras ocho años de guerra, Hussein excedió los límites fijados por Occidente y decidió la invasión de Kuwait, lo que degeneró en la primera guerra del Gol-

fo. Dos elementos a retener de esta guerra: la confirmación de la salida política de la URSS de la región, y el armado de una coalición occidental para no dejar a Irak apropiarse de Kuwait y de su 9% de reservas mundiales de petró-

leo. Esta es una coalición árabe-occidental, lo cual es interpretado como una humillación para la masa de la población árabe, que no entiende cómo los acuerdos políticos y económicos de sus dirigentes con los occidentales, en especial,

EEUU, pueden estar por encima de la unidad árabe. Este hecho, constituye la evidencia mayor de que no existe una unidad árabe, sino que en el espacio solo coexisten distintos intereses económicos internacionales y ambiciones políticas de caudillos locales.

Finalmente, el año 2001 constituyó el último gran hito en las relaciones geopolíticas árabes. Después de los atentados del 11 septiembre, el mundo occidental, al mando de EEUU, proclamó tener carta blanca para la intervención política y militar en la región, bajo la excusa de la lucha del terrorismo. Entre 1979 y 2001, la base del contrato era el apadrinamiento norteamericano a los regímenes islamistas autoritarios a cambio del acceso garantizado al petróleo y el no ataque al Estado de Israel. Pero los 20 años de financiamiento armamentista a regímenes oscurantistas no tendrían otro efecto que engendrar una reacción nacionalista y de un islamismo fanático, que desemboca en el terrorismo y obliga a los occidentales a cazar a sus exiliados. EEUU intervino en Afganistán para intentar erradicar al movimiento terrorista Al-Qae-

El mundo occidental reaccionó titubeante ante las rebeliones árabes. Sin embargo, el peso de los pueblos pudo más.

RECUADRO 2

Egipto: la fuerza de un pueblo decidido

Terminada la revuelta tunecina, la agitación social cercó al egipcio **Hosni Mubarak**, quien monopolizó el poder por más de 30 años en Egipto. Para EEUU y la Unión Europea, Mubarak era sinónimo de la estabilidad, que garantizaba el paso por el canal de Suez, la ruta de entrada al golfo Pérsico y, por ende, a sus gigantes reservas petrolíferas, y que había hecho la paz con Israel. Su importancia residía en que este dictador mantenía controlado a un país de 80 millones de habitantes que, por su peso demográfico y su tradición histórica, representa el pivote de todo el mundo árabe.

Egipto es considerado una economía emergente. El país de los faraones ha sido una economía de enclave, que dependió durante mucho tiempo de la exportación de su principal materia prima, el algodón, y que hoy en día depende considerablemente de la industria turística, cuya actividad representa alrededor del 11% del PIB nacional. Según **Samir Amin**, economista egipcio y padre del altermundialismo: “Las tasas de crecimiento egipcias, supuestamente altas e invariablemente celebradas desde hace 30 años por el Banco Mundial, carecen totalmente de significado. Es polvo en los ojos. El crecimiento egipcio es muy vulnerable, dependiente del mercado exterior y del flujo de capitales petroleros procedentes de los países rentistas del golfo. Con la crisis del sistema mundial, esa vulnerabilidad se ha manifestado con un brutal estancamiento”.

Esta es la cuarta tentativa en algo menos de 100 años en la que Egipto trata de fabricarse un futuro. Las tres anteriores: la adopción del parlamentarismo liberal en los años veinte del siglo pasado; el socialismo árabe no alineado de **Gamal Abdel Nasser** (1954-1970), y la apertura económica pronorteamericana de **Anwar Sadat** (1970-1981) y Mubarak (1981-2011) fracasaron en su pretensión de elevar el país al estatus de única gran potencia regional.

No hay que minimizar la gesta del pueblo que, en la Plaza de la Liberación de El Cairo y en decenas de otras ciudades no reportadas por la prensa occidental, sin amilanarse, durante 18 días seguidos, y siempre en paz y con determinación, consiguieron algo extraordinario el 11 de febrero: la caída de Mubarak. Sin embargo, el Gobierno militar instalado a continuación no parece cumplir con las expectativas de la sociedad civil. No se debe olvidar que el ejército egipcio tiene gran influencia norteamericana: por allí parecen haber venido las presiones decisivas para que se detuviera la represión al pueblo (que produjo centenares de muertos y miles de presos) y, finalmente, para que su aliado de tres décadas dejara el poder. Por el momento, el régimen presidido por el general **Tatawi** busca poner freno a la agitación social que, a pesar de la caída del régimen anterior, sigue encendida.



da e intentar implantar un régimen proamericano en 2001 y en 2003. La segunda guerra del Golfo, contra Irak, acusado, contra toda evidencia, de poseer armas de destrucción masiva, es

la muestra evidente de la necesidad de asegurarse los suministros energéticos de la región, aunque para ello haya que destruir un país y ajusticiar al “mal alumno” de Sadam Hussein.

Las revueltas árabes no tomaron del todo desprevenidos a EEUU y la Unión Europea. Se sabía sobre la inquietud de las clases medias y los obreros. Pero nadie imaginó la fuerza que iban a tener y los resultados que iban a lograr esos pueblos rebeldes que buscan la libertad. Hoy las potencias intentan recomponer su posición, y recuerdan, de pronto, los valores de la democracia y del respeto a los derechos humanos, de los que se habían olvidado por completo en sus décadas de alianzas con tiranos de toda especie. Sin quererlo sus inventores, la globalización, Internet y las comunicaciones por satélite están haciendo que esos pueblos ya no resistan el autoritarismo y el oscurantismo, así como tampoco la corrupción de los gobernantes y la falta de futuro de los jóvenes. ▢

RECUADRO 3

La insania de Gadafi y otras reacciones a las revueltas

Tras la caída de Ben Alí y Mubarak, una heterogénea ola de protestas se extiende a otros Estados de la región. El ambiente de ebullición es permanente, con distintos motivos de movilización, así como atropelladas son las reacciones de sus gobernantes.

En los dos restantes países del Magreb, la agitación no se hizo esperar: en **Argelia** la oposición demanda la democratización del régimen de **Abdelaziz Buteflika**. El Gobierno, por su parte, ha anunciado la cancelación del permanente estado de emergencia vigente los últimos 19 años. Entre enero y febrero hubo 25 intentos de inmolationes en el país, en protesta por la precariedad económica, y para mediados de febrero se cuentan ya varios muertos en choques con la policía.

En **Marruecos** son los movimientos espontáneos de jóvenes quienes abandonan las protestas; las reivindicaciones giran en torno a la búsqueda de reformas políticas, la renuncia del Gobierno de **Rabat** y la disolución del Parlamento.

En **Libia**, el levantamiento contra el estrambótico **Muamar al Gadafi** se desató la tercera semana de febrero y pronto controló ciudades del este y el oeste. Gadafi, de 68 años, el dictador africano que lleva más tiempo en el poder (42 años), no dudó en bombardear las ciudades rebeldes. La insania de Gadafi provocó unos 3.000 muertos en 10 días. Al cierre de esta edición, estaba atrincherado en Trípoli, la ONU había resuelto sanciones y EEUU había desplegado barcos frente a sus costas. Los rebeldes no quieren una intervención extranjera pero sí ayuda.

En **Yemen**, uno de los países árabes más pobres, el presidente **Ali Abdalá Saleh** (33 años en el poder) anunció para calmar las revueltas, que este será su último período en el cargo.

En **Jordania**, el rey **Abdalá II** se vio obligado a cesar a su primer ministro.

En **Baréin** miles de ciudadanos se han manifestado para reclamar reformas políticas al régimen del rey **Hamad Bin Isa al Jalifa**, en el poder desde 1999. Se declaró el estado de emergencia y se canceló el Gran Premio de Baréin, con que se iba a inaugurar el Mundial de Fórmula 1 de automovilismo.

Las actuales rebeliones en el mundo árabe son una victoria de la movilización civil. Sin embargo, no garantizan un verdadero cambio institucional.



La historia del mundo árabe en el último siglo está trágicamente vinculada a los intereses económicos de Occidente, en especial, los del petróleo.